El teatro en el aula: la clase de ELE como actividad teatral

Juan Vicente Piqueras
Jefe de estudios del Instituto Cervantes de Argel

1. EL AULA COMO ESPACIO ESCÉNICO

El aula reúne todas las características de un espacio escénico, y la clase todos los elementos propios de un hecho teatral.

Dramatis personae:

- El profesor: persona encargada de transmitir sus conocimientos y de ayudar a aprender al que no sabe. Más que el personaje principal, es el maestro de ceremonias, el que dirige, organiza y controla la acción.
- Los alumnos: personas que quieren aprender lo que no saben y están ahí para que el profesor los ayude a hacerlo. A veces son espectadores, preferiblemente atentos, pero en otras ocasiones se convierten en actores que desempeñan el papel que el profesor les asigna y el que ellos, a su vez, crean.

La trama y la acción son la enseñanza y el aprendizaje de la lengua española, y va cambiando cada día según las unidades didácticas que son los episodios del drama.

El objetivo es siempre el mismo: la transmisión del conocimiento, uno de los más nobles que existen entre seres humanos, en este caso de la lengua española.

El espacio escénico suele tener dos partes diferenciadas: el escenario y la platea. El escenario es el espacio natural del profesor y de sus herramientas: la mesa, la pizarra, la pantalla, el ordenador, los equipos de reproducción audiovisual. Antiguamente estaba marcado por la leve pero locuaz elevación de la tarima, necesaria también cuando la platea es amplia y el público numeroso. Pero en las pequeñas aulas, más democráticas e interactivas, la tarima ha sido suprimida en favor de una docencia más participativa. Por otro lado, la platea es el espacio de los alumnos y puede ser:

- en círculo, para que todos se vean entre ellos, propio de la metodología comunicativa;

– en filas, en clases más numerosas o por necesidades de espacio, propio de las escuelas tradicionales y sus rangos: los empollones en primera fila y los gamberros en la última.

Estamos, en el mejor de los casos, hablando de un pequeño teatro donde el público no debería superar un cierto número. Un teatro de cámara.

2. EL PROFESOR COMO ACTOR

«El profesor es un *actor-docente*» podría ser una definición de nuestro oficio. Pero, curiosamente, el profesor es un actor que vive en la paradoja y en la ignorancia de no saber que lo es. De esa ignorancia nace la necesidad, si la hay, de esta ponencia.

Los actores suelen ser conscientes de sus herramientas, sus dotes y sus capacidades expresivas. Los docentes a menudo no lo son y, desde un punto de vista teatral, se mueven en el terreno de la intuición.

Su misión es enseñar al que no sabe. No divertirlo ni emocionarlo ni hacerle reír, llorar, pensar o dudar. Aunque, quizás, realmente sí que deba hacer todo eso si es preciso, pero siempre en función de que el alumno aprenda.

Todas las técnicas teatrales (expresión corporal, movimientos escénicos, entonación, ritmo, modulación de la voz, vestuario, pausas, efectos varios, persuasión, trucos para llamar la atención, etc.) han de estar al servicio de este objetivo. El triunfo del actor-docente de ELE es que el público activo aprenda, sesión a sesión, función a función, a comprender y a expresarse, a pensar y a vivir en español.

Un curso es una serie de representaciones docentes sucesivas, en busca de un objetivo final. Un teatro a episodios, a capítulos, por entregas.

El público tiende a ocupar siempre el mismo asiento en la platea como proponiendo la continuidad escénica y dramática, los juegos espaciales y de fuerza. El alumno es un animal de costumbres. El profesor ha de saberlo y jugar con esa inercia para respetarla o romperla, según las necesidades de la enseñanza y el aprendizaje.

El escenario suele tener un decorado y una serie de elementos escénicos convencionales y fundamentales para el rito que allí tiene lugar: *la pizarra* (esa página gigante, esa pantalla, esa sábana tendida, fondo fundamental de la escena docente), *la mesa del profesor* (otro elemento sacro, altar donde el sacerdote deposita sus textos sagrados), *los aparatos audiovisuales* (el *Deus ex machina*, la santa Tecnología, la ciencia que reproduce y trae al aula la realidad exterior), y *los pupitres* o mesas de los alumnos. Eso es todo.

Antiguamente, tal vez mucho más conscientes del hecho teatral que implica la docencia, el espacio escénico del profesor solía estar encaramado encima de una *tarima,* que es la mínima y alzada expresión del escenario.

La democracia y el imperio de lo comunicativo acabaron con la tarima y descendieron al profesor a la altura de los alumnos, que era un modo teatral de decir: «todos somos iguales, todos somos actores con el mismo protagonismo». Pero no es así, ya que el profesor sigue siendo el que propone, dispone y decide lo que se hace o no se hace durante el tiempo (una, dos o más horas) de la representación. El profesor es el que enseña y el alumno, el que aprende. Eso si todo funciona.

El alumno va a clase como el público al teatro: en actitud receptiva, a entregarse a lo que le propongan. Para ello es fundamental su fe en el profesor. Y lo primero que debe ganarse el profesor es esa fe. Si el fiel no cree en el sacerdote, el rito no funciona. La autoridad docente es lo primero que el profesor tiene que ganarse ante sus alumnos. No la autoridad del que impone su poder, sino la autoridad del que entrega su saber. El italiano lo dice con mayor claridad: *non autorità ma autorevolezza*[1].

El profesor no se viste de manera talar, como el sacerdote, ni se disfraza como el actor. No es Moisés ni es Macbeth. Es una persona normal, un profesional de la enseñanza, pero su misión es tan necesaria como la de aquellos.

El profesor prepara su intervención y debe improvisar lo menos posible para que, cuando improvise, su preparación y su profesionalidad sea tal que la clase resulte aún mejor que preparada.

Todo, tanto en el teatro como en la vida y en el aula, significa e influye, y esto es algo que algunos profesores no tienen en cuenta. Absolutamente todo: el vestuario, la iluminación, la música, el ritmo, la voz, los movimientos corporales, los movimientos escénicos, la gestualidad, la mirada…, todo influye. Nada es banal ni desdeñable en la representación docente.

2.1. Elementos fundamentales para actores y docentes

- la voz: ortofonía (entonación, juego tonal, respiración, registros vocales, ritmo…) y oratoria (precisión léxica y fonética, claridad expositiva, dominio de recursos lingüísticos, sonidos extralingüísticos, muletillas…);
- la expresión corporal: el lenguaje no verbal en el aula. Presencia física, gestualidad, posturas, movimientos escénicos, entradas y salidas, tics (¡ojo!). Es muy conveniente la observación mutua entre colegas, así como la grabación de alguna clase y el análisis posterior del vídeo;
- la gestión del tiempo y del ritmo durante la clase;

[1] Autoridad moral, prestigio.

– el vestuario, *atrezzo* y elementos escénicos (libros, diccionarios, fotocopias…);
– el mobiliario de clase: disposición y uso;
– el uso del material audiovisual como elemento escénico/didáctico.

3. MOVIMIENTOS ESCÉNICOS

Los profesores se dividen en dos grandes grupos:

– los que dan la clase de pie (jóvenes, enérgicos, activos, seductores);
– los que dan la clase sentados (maduros, serenos, confiados, cansados).

Sin embargo, hay una variante intermedia: los que dan la clase alternando ambas posiciones y acaban en la postura anfibia de sentarse en la mesa.

Ventajas y peligros de cada posición:

– el profesor sentado corre el peligro de transmitir pasividad o cansancio. Su ventaja es transmitir serenidad, confianza, aplomo, dominio del tema, estabilidad, confianza. Dejar las cosas bien sentadas. Reduce los movimientos para que se concentren en el texto y en los contenidos;
– el profesor de pie, que se mueve entre sus alumnos, se sienta en la mesa en vez de en la silla, recurre con frecuencia a la pizarra, hace que la energía fluya, que el alumno se espabile, que se anime. Pero el peligro es aturdirlo, marearlo, dispersarlo, desconcentrarlo.

Una regla de la experiencia: ante los grupos dormidos hay que ponerse de pie y ante los grupos nerviosos hay que sentarse y centrarlos.

El buen profesor sabe alternar según la *necesidad* (Ananké*,* nuestra diosa) de cada grupo y de cada nivel de enseñanza, y según la materia, clases más activas y movidas con clases más serenas y sosegadas. (Todo esto recuerda la tauromaquia: Si el toro es manso, hay que excitarlo. Si el toro es nervioso, hay que dominarlo y calmarlo para poder hacer una buena faena. El profesor tiene mucho de torero, pero este es ya otro tema).

Suele ocurrir que uno comienza su carrera de actor-docente dando las clases de pie, moviéndose por el aula, bailando casi entre los alumnos, y las acaba dando sentado. Y mucho me temo que, si siguen retrasando la edad de jubilación, nos encontraremos con una nueva tipología: la del profesor tumbado en la cama porque ya no puede levantarse y los alumnos, como familiares herederos, alrededor del lecho esperando copiar sus últimas palabras. Un día en un susurro el profesor dirá: «Para mañana los ejercicios de la página…». Y se apagará su voz. Entonces el alumno se quedará apenado por su muerte y perplejo por no saber la página de los deberes que el difunto quería ponerles como último deseo.

3.1. Entradas y salidas

Un profesor no puede entrar en el aula de cualquier manera, como entraría en su casa o en el cuarto de baño o en un lugar donde nadie lo ve. La entrada en escena es clave para el efecto que quiere obtener el actor-docente, ya que imprime la presencia, el ritmo, el tono y la energía que queremos darle a la clase. Aunque también debe ser abierta, es decir, receptiva a la energía previa del grupo que nos está esperando. Precisamente por esa atención a la energía del grupo, los profesionales de ELE solemos llevar siempre una clase de reserva preparada. A veces la energía del grupo (estado de ánimo, cansancio, circunstancias específicas, eventos externos) requiere o exige cambiar el plan inicial de clase y proponer otro tipo de acción docente más acorde a esas nuevas circunstancias.

En este terreno, la ignorancia de las técnicas teatrales acarrea errores gravísimos, como entrar cansado en un grupo ya cansado, arrastrar los pies, entrar quejándose del trabajo, transmitir de inmediato una energía negativa.

El profesor, como el actor, antes de entrar en escena-clase, tiene que concentrarse, hacer clic y acumular la energía necesaria para lo que va a hacer. Las energías han de estar siempre concentradas, nunca desparramadas. La calidad de un profesor se reconoce por la manera de entrar en clase, incluso, si se me apura, por la manera de salir de la sala de profesores para ir a clase.

Tipos de entrada:

- La entrada triunfal, feliz, optimista, alegre, enérgica: es capaz de despertar a un muerto, pero exige un desgaste enorme al profesor que quiera mantener ese tono durante el tiempo que dure la sesión. La entrada rompedora de esquemas previos, con propuestas imprevistas: «A ver, todos de pie…»; «coged un folio en blanco…»; «salgamos al jardín…». Es una variante que aviva la curiosidad, rompe la rutina, anima, pero tiene que comprometerse a dar lo que promete.
- La entrada concentrada en lo que se va a hacer o proponer: transmite interés y misterio, sobre todo si va seguida de órdenes claras y didácticamente apasionadas: «Hoy vamos a aprender a…» (frase fundamental y aseguradora). O de preguntas motivadoras: «¿Qué haríais si, de pronto…?», etc.
- La entrada social, simpática, comunicativa: «¿Qué tal Irene, qué tal Amel? ¿Qué pasa, de qué hablabais? ¿Qué te cuentas, qué tal el fin de semana?». Es perfecta para iniciar una clase de conversación y de expresión oral, invitándolos a hablar de sí mismos (tema preferido del alumno, y por extensión del ser humano).
- La entrada doble: el profesor entra, deja cosas en la mesa, se muestra atareado, concentrado en lo que va a hacer y vuelve a salir porque tiene que traer otras cosas. Imaginemos que entra y deja una pila de libros o una caja con un juego de mesa o una pila de DVD, y sale. Esos objetos escénicos

despertarán la curiosidad y las expectativas de los alumnos, y cuando vuelva a entrar, habrá despertado el interés de los alumnos.

– La entrada tranquila que da paso a una clase normal: exige un alto nivel de simpatía, paciencia, amor por la profesión y atención a los alumnos y al por qué están ahí, claves de nuestro oficio.

4. LA RELACIÓN PROFESOR/ALUMNOS

Cambia según la edad, el nivel y las características específicas de cada grupo. Una vez establecida la autoridad docente, el trato es de tú a tú. Un intercambio de ayuda y servicio.

El buen profesor ha de ser un buen actor y reunir las siguientes dotes:

– dominar la materia (conocer de memoria el texto) que quiere transmitir;
– conocer sus posibilidades teatrales (orales y corporales) para transmitir su saber, motivar, expresar, persuadir, seducir, transmitir conocimientos y seguridad, porque toda comunicación verbal en público no deja de ser un acto de persuasión;
– capacidad de adaptar lo anterior a cada grupo, a sus características y necesidades;
– capacidad de enseñar a aprender, a prescindir poco a poco de su protagonismo y delegarlo en la autonomía del alumno;
– que todo este saber se haga con naturalidad y pase desapercibido.

Es mal profesor el que no cumple uno de estos requisitos. En nuestro oficio el qué y el cómo son indivisibles. No sirve de nada saber mucho si no se sabe cómo transmitirlo (profesor erudito y aburrido). Y tampoco sirve saber transmitir, pero no tener qué (profesor divertido pero ignorante o poco preparado).

El objetivo, ya lo dijeron los clásicos, es *docere et delectare*. Que los alumnos aprendan y mejoren su competencia comunicativa en español y que ese aprendizaje sea una experiencia agradable, enriquecedora y emocionante como una buena obra de teatro.